

TEMES

Cercles. Revista d'Història Cultural 18/2015: 9-20

ISSN: 1139-0158

MUNDO OBRERO, INMIGRACIÓN Y RADICALISMO CENETISTA EN LA BARCELONA DE LA DÉCADA DE 1930

José Luis Oyón

Universitat Politècnica de Catalunya

RESUM. A partir de documentación muy variada, pero donde la relevancia de la censal es definitoria, el artículo analiza las pautas políticas, sindicales y de la vida cotidiana de las figuras socio-espaciales del mundo obrero barcelonés. Las precarias condiciones laborales y de la vida cotidiana en la ciudad, junto a una movilidad social más bloqueada con respecto a la de las demás figuras obreras, ayudan a explicar una presencia revolucionaria superior a lo normal en las capas obreras no cualificadas que emigraron a la capital desde fuera de Cataluña.

PARAULES CLAU. Inmigración, clase obrera, historia urbana, Barcelona.

ABSTRACT. This paper draws on a wide variety of documents but especially upon census data to analyse patterns of politics, trade unionism and daily life among Barcelona's working class. Precarious working and living conditions in the city coupled with severely constrained social mobility, compared to that of working classes elsewhere, help explain the higher than normal prevalence of revolutionary activity across the strata of unskilled workers who had migrated to the capital from outside Catalonia.

KEY WORDS. Migration, working class, urban history, Barcelona.

El objetivo de este texto es dar a conocer los espacios urbanos y las figuras obreras que se encontraban tras los comportamientos políticos durante los convulsos años de la República en Barcelona, en especial los del mundo anarquista. Se trata de descubrir el sujeto social y territorial que estuvo detrás de esa Barcelona, al mismo tiempo que de identificar los espacios de la CNT radicalizada de esos años, que más tarde alumbraron la revolución. Tras muchos años de historiografía y de numerosa bibliografía sobre la guerra civil, apenas se ha conseguido identificar en una ciudad clave en las revoluciones obreras del siglo XX a los trabajadores que salieron a la calle con las armas para sofocar el golpe fascista, saber de dónde procedían o en qué barrios y en qué condiciones vivían. Se sabe que la revolución que se encontraron inopinadamente en sus manos fue en gran medida cosa de anarquistas. Sin ningún tipo de análisis, se asume que los cenetistas solían ser trabajadores no cualificados, tal vez inmigrantes, o, al contrario, que todos los estratos obreros en general participaron en las gloriosas jornadas de julio y en el nuevo orden social que acaeció en los meses posteriores. Sus orígenes se encuentran, de manera obvia, en unos genéricos «barrios populares». Se suele incluir en las explicaciones algún comentario casual sobre los lugares del centro donde se produjeron los enfrentamientos decisivos, con alguna leve alusión a una u otra barriada. Pero en el fondo, el análisis sociológico y espacial está, por desgracia, ausente de todas las reflexiones.

Hay que advertir que los estudios en los que se basan los datos que aquí aparecen sobre inmigración, mundo obrero y radicalismo cenetista se refieren a la ciudad de Barcelona y a los municipios limítrofes que formaban una unidad de mercado de trabajo en conexión con la ciudad central.¹ Es posible (yo así lo creo) que algunas de las conclusiones admitan grandes matices en el caso de ciudades situadas en un mercado laboral más lejano, urbes también de larga tradición industrial (piénsese en Mataró o Sabadell). Los datos de afiliación y de militancia de la década de 1930 en los que me baso se concentran en especial en el momento previo al inicio de la guerra civil, un análisis de la situación al iniciarse el conflicto bélico cuyas conclusiones considero también difícilmente trasladables al contexto de alta afiliación y explosión sindical confederal de finales de la primera guerra mundial.

¹ Todos los datos que se reflejan aquí se encuentran en J. L. OYÓN, *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 2008.

El marco socio-espacial

Lo primero que hay que decir para contextualizar la Barcelona obrera y revolucionaria es que la ciudad de la década de 1930 era, en realidad, muy distinta de la de principios de siglo. La auténtica frontera del cambio urbano la marcó la primera guerra mundial. La ciudad, con 600.000 habitantes en 1914, superó claramente el millón en 1930 y, con sus municipios dependientes, se aproximaba a 1.200.000 habitantes en 1936. Fueron años, pues, trascendentales para una Barcelona que había pasado de ser solo una gran ciudad a convertirse en una auténtica metrópoli. Desde el punto de vista del mundo obrero, los dos rasgos distintivos de la nueva etapa fueron la diversificación industrial y la inmigración foránea. Pero, además, el propio artefacto urbano se transformó de una manera sustancial. Desde el final de la guerra mundial, el desarrollo de la edificación fue auténticamente explosivo. El Ensanche creció muchísimo, con edificios más altos. El centro histórico se saturó, y algunos de sus barrios alcanzaron densidades elevadísimas, superiores a los 1.000 habitantes por hectárea. Lo más novedoso fue, sin embargo, la formación de una nueva corona suburbana, de unas «segundas periferias», donde vivían ya unos 150.000 habitantes en 1936, sobre todo trabajadores manuales.

La clase obrera barcelonesa era una entidad muy consistente a nivel sociológico. Socialmente inmóvil, solo uno de cada diez hijos de obrero consiguió superar la barrera del trabajo manual durante los años de entreguerras. Pero en el mundo obrero manual, los estilos de vida se estratificaban según la cualificación y la inmigración, es decir, el mundo obrero barcelonés estaba diferenciado en su seno. La distinción por cualificación era muy clara. De 1914 a 1930, apenas se modificó la brecha salarial entre cualificados y no cualificados (salarios entre un tercio y un medio superiores para los primeros). Solo uno de cada cinco hijos de jornaleros pudo superar, de hecho, la barrera del oficio en los años de entreguerras. Pero también existían importantes diferencias según la inmigración. No solo era más común encontrar catalanes en los mejores empleos especializados, sino que también era muy marcada la diferenciación según la condición inmigratoria dentro de los jornaleros y según la distinción de la inmigración reciente y descualificada como categoría, en especial en el grupo de los jornaleros procedentes del sureste. Sus familias eran más numerosas, los porcentajes de analfabetismo un 70% superiores a las de los jornaleros catalanes y el impacto de la mortalidad,

mayor. Pocas veces podían acceder a los escalones medios y altos del trabajo industrial, y su movilidad social ascendente era la mitad que la de los jornaleros catalanes, algo a lo que contribuían las muy altas cotas de endogamia matrimonial. Sus hijos se incorporaban al trabajo y abandonaban la escuela a edades más tempranas. Además del mundo propio de las mujeres obreras, hay que hablar de tres figuras diferentes dentro del mundo obrero masculino, dotadas de unas características determinadas: los artesanos y obreros cualificados y los jornaleros no cualificados, distinguiendo dentro de estos últimos a los catalanes, asentados durante más tiempo, frente a los más precarios de la inmigración reciente.

En el mundo obrero, mayoritario y cerrado, formado por un 62,7% del total de los hogares barceloneses, los estilos de vida se estratificaban según la cualificación y la inmigración, es decir, el mundo obrero barcelonés estaba interiormente diferenciado. La distinción por cualificación era muy clara. De 1914 a 1930, apenas se modificó la brecha salarial entre cualificados —uno de cada cinco obreros barceloneses según el padrón de 1930— y no cualificados, con salarios entre un tercio y un medio superiores en el caso de los primeros. Los porcentajes de analfabetismo de los jornaleros superaban en más de dos veces y media los de los obreros cualificados. Pero el mundo obrero barcelonés de la década de 1930 estaba marcado, además, por la inmigración: tres de cada cuatro hogares obreros estaba presidido por un cabeza de familia que había nacido fuera de la ciudad. Era una inmigración de características tanto más proletarias cuanto más reciente fuera su llegada a la ciudad. Tres de cada cuatro cabezas de familia murcianos o almerienses residentes en la ciudad, los representantes más singulares de la oleada inmigratoria de entreguerras, eran obreros no cualificados. Pero tampoco era mayoritaria: uno de cada tres hogares jornaleros de la ciudad en 1930 era de inmigrantes foráneos que habían llegado después de 1910. Los catalanes eran más numerosos en el ámbito del trabajo cualificado: dos de cada tres trabajadores cualificados que contrajeron matrimonio en la ciudad en 1934-1935 habían nacido en Cataluña.

Tres eran los grandes escenarios donde se desarrolló la vida obrera barcelonesa en la década de 1930. El primero, y más importante, con unos 250.000 obreros, era el de los viejos suburbios populares del Llano de Barcelona. Dominaban los jornaleros, muchos de ellos asentados durante mucho tiempo en la ciudad, pero también eran frecuentes los obreros cualificados, y

tampoco faltaban algunos empleados y comerciantes. Se trataba de «pequeñas ciudades», continuación de la mezcla de estratos sociales característica de muchos barrios populares del ochocientos, donde cabía desde la industria y el taller hasta el pequeño comercio especializado. El segundo escenario lo formaban los barrios del centro histórico con gran densidad de población, que compartían algunas de las características de esa «mezcla de lo popular», aunque era el lugar donde existía mayor degradación y presencia de una inmigración reciente, además de estar en gran medida marcados por el comercio, los hogares monoparentales y numerosas actividades artesanas largamente decantadas. Las segundas periferias, que constituían el tercer escenario, eran, en cambio, jóvenes espacios que habían surgido al margen de la ciudad: la falta de cualificación, la inmigración reciente y la precariedad habitacional eran las características definitorias. Ambos escenarios, iguales en cuanto a población, sumaban la misma masa obrera que los suburbios populares, el escenario dominante a nivel cuantitativo.

El cenetismo radical del jornalero inmigrante foráneo

De las tres figuras obreras, la que parece más radical desde el punto de vista sindical es la del jornalero inmigrante reciente. En efecto, la afiliación y la militancia de la CNT de la década de 1930 eran superiores a las normales en los estratos menos cualificados de la clase obrera y en los grupos inmigratorios más recientes. Esa es la principal conclusión del estudio de la afiliación sindical de la década de 1930, procedente del padrón del año 1930, en un número importante de ramos industriales. La proporción de cenetistas era mayor que la de los ugetistas trabajadores sin cualificación en sectores como el metal, la construcción, la imprenta y, posiblemente, el transporte. A excepción del textil, su procedencia era foránea en más de dos de cada tres afiliados estudiados, por lo general miembros de familias que habían llegado a la ciudad en los últimos veinte años. Sus tasas de cohabitación, hacinamiento y analfabetismo llegaban a doblar a veces las de los ugetistas. El análisis de líderes y militantes sindicales significados manifiesta también la misma pauta de contraste, en especial relevante al comparar cenetistas radicales y treintistas escindidos. Los grupos inmigrantes foráneos aparecían sobrerrepresentados, con escasa presencia de la población catalana entre la militancia confederal: cerca de dos terceras partes habían nacido fuera de Cataluña. La cualificación de los confederales era manifiestamente inferior, con casi tres

de cada cuatro que trabajaban como jornaleros. Los miembros de la UGT y de los sindicatos de oposición treintistas eran, en cambio, obreros cualificados en una mayor proporción que los cenetistas, con notable presencia de cuellos blancos, y por lo general eran originarios de Cataluña. Esas distinciones se reflejaban en unos estilos de vida también diferenciados: analfabetismo, cohabitación y hacinamiento eran más patentes entre los cenetistas que entre los ugetistas o los treintistas.

Si se analiza la implantación del anarquismo más político y radical, el expresado por la militancia en los grupos de la FAI y de las Juventudes Libertarias, la constatación es todavía más clara. Ocho de cada diez faístas localizados en el padrón de 1930 eran obreros no cualificados y vivían en hogares presididos por familias de origen no catalán (más de dos de cada tres militantes habían nacido fuera de Cataluña). Un 80% había llegado a Barcelona después de 1911 y su tiempo medio de residencia en la ciudad no llegaba a los trece años. Por el contrario, el perfil socio-territorial de los militantes significados de los partidos obreros no anarquistas se situaba prácticamente en las antípodas. Cuando era trabajador manual, cosa que muchas veces no ocurría, el militante de estos partidos obreros frentepopulistas era sobre todo cualificado y casi siempre nacido en Cataluña. Los inmigrantes foráneos, a excepción del caso del PSOE, ocupaban una posición completamente secundaria. Sus patrones socioculturales y sus estilos de vida cotidiana denotaban también más signos de oposición que de confluencia. No existía el analfabetismo, la cohabitación en el hogar no era tan marcada y el hacinamiento no era tan agobiante como en el caso de los confederales.

En realidad, lo que se dibuja al comparar a los militantes confederales con los de otras organizaciones obreras son dos Barcelonas, una «populista» y otra «anarquista radical», del todo opuestas; dos Barcelona que tenían, sin embargo, un punto en común de confluencia en el centro histórico densificado y, sobre todo, en los suburbios populares, auténtico escenario en disputa. Al ser los nuevos arrabales proletarios el escenario de mayor peso específico del radicalismo cenetista, no sorprende su participación en los principales episodios de acción colectiva extrasindical de la década de 1930. La huelga de alquileres del verano de 1931 fue el primero de esos estallidos. Tuvo un gran seguimiento en las barriadas periféricas (durante los meses de verano se multiplicaron las demandas de desahucio en toda la Barcelona obrera, pero la proporción de impagados fue allí un 75% superior a la de los suburbios popu-

lares y barrios del centro histórico). Los cuatro grupos de casas baratas por lo general no pagaron el alquiler hasta 1939. La huelga tuvo también un seguimiento puntual en algunos de los barrios inmigrantes más densos del centro histórico, como la Barceloneta. Si se observa los conflictos propiamente políticos, el cuadro es del mismo modo nítido. Las barriadas periféricas ocuparon un lugar destacado en el ciclo insurreccional de principios de la década de 1930, en especial en el episodio de diciembre de 1933. El gran epicentro de la insurrección de la aglomeración barcelonesa se situó en los barrios de Collblanc y la Torrassa. Esa radicalización del anarquismo barcelonés en los espacios periféricos no debe sorprender. Era semejante a la de las barriadas del extrarradio de Madrid en la década de 1930.² Si en la periferia del París de entreguerras unos espacios obreros mucho más variados formaron una *banlieue rouge*, donde los partidos marxistas y, en concreto, el PCF tuvieron una enorme ascendencia, en las periferias barcelonesas, habitadas de forma casi exclusiva por jornaleros inmigrantes sin cualificación, se formó, en cambio, un cinturón rojinegro.³

La radicalidad de los obreros y de los arrabales inmigrantes de Barcelona se puso de manifiesto en los meses de la revolución. Los jóvenes milicianos barceloneses de la CNT-FAI presentes en el frente procedían en más de un 60% de los barrios inmigrantes, tanto de los viejos barrios densificados del centro histórico como, sobre todo, de las segundas periferias y municipios limítrofes. Dos tercios de los hogares de milicianos anarquistas estaban presididos por cabezas de familia foráneos que habían llegado a la ciudad después de 1910, el doble de lo que cabría esperar. Las condiciones de hacinamiento y cohabitación de esos hogares eran muy superiores a las habituales en el mundo obrero barcelonés. En la represión posterior a los hechos de mayo, cuando las conquistas revolucionarias del «corto verano de la anarquía» quedaron definitivamente en suspenso, la presencia de anarquistas como «presos gubernativos» en las cárceles de Barcelona hasta casi el final de la guerra civil, se caracterizó por la presencia mayoritaria de residentes de las barriadas periféricas inmigrantes. Eran en proporción más

² S. JULIÁ DÍAZ, *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Madrid, Siglo XXI, 1984, capítulos 2 y 6.

³ A. FOURCAUT, *Bobigny, banlieue rouge*, París, Les Editions ouvrières, 1986; IBID. (ed.), *Banlieue rouge 1920-1960. Années Thorez, années Gabin: archetypage du populaire, banc d'essai des modernités*, Autrement, serie Memoires, oct. 1992.

del doble de lo esperable y su perfil socio-laboral respondía a las características del grupo inmigrante que se está analizando. Un 71% de los cenetistas fusilados en el Camp de la Bota al acabar la guerra eran obreros inmigrantes foráneos, que habían nacido, de forma casi exclusiva, como los milicianos anarquistas, en el seno de familias procedentes de la inmigración foránea.

En conclusión, los datos sobre actitudes políticas y sindicales avalan esa imagen de diferenciación interna dentro de la misma clase obrera entre grupos inmigrantes y entre catalanes y no catalanes de la última generación que había llegado a la ciudad: el inmigrante reciente no cualificado y los barrios donde esa figura obrera era dominante, las segundas periferias y, en menor medida, algunas bolsas del centro histórico densificado, como el Raval bajo y la Barceloneta, fueron protagonistas destacados del radicalismo revolucionario. Aunque no quiere decir que fueran, ni mucho menos, los protagonistas exclusivos. Tan solo los más sobrerrepresentados a nivel sociológico. Hay que advertir, además, que el inmigrante confederal no era solo murciano, sino que provenía de muchas regiones españolas, pero no hay duda de que llegó a la ciudad en la última gran oleada migratoria iniciada en torno a la primera guerra mundial, la que amplió el abanico de orígenes regionales (incluyendo, obviamente, entre ellos a murcianos y almerienses). Pero, por supuesto, hay que aclarar que el inmigrante anarquista tipo que llegó a Barcelona en los años de entreguerras no solía portar, excepto en muy raras ocasiones, «las ideas» en su maleta; no era ese «element forà, socialment irresponsable» el que atizó el fuego en la Barcelona de finales del siglo XIX del que habló Vicens Vives, ni al que condenó como «murciano» y faísta mucha prensa catalanista en la década de 1930.⁴ Los inmigrantes foráneos afiliados a la CNT que se han analizado en el padrón de 1930, los militantes, los líderes sindicales y faístas, y los jóvenes milicianos libertarios, si bien pertenecían

⁴ J. VICENS VIVES, *Industrials i polítics*, Barcelona, 1980 (1958), pp. 163-166, 165, comentado críticamente por A. GARCÍA BALANÁ, «Sobre la “constitució del proletariat” a la Catalunya cotonera. Una crònica de la formació dels llenguatges de classe a peu de fàbrica (1840-1890)», en J. M. FRADERA; E. UCELAY DA CAL, *Notícia nova de Catalunya*, Barcelona, CCCB, 2005, pp. 97-119, 97-102. Opiniones diversas sobre ese debate en *El arraigo del anarquismo en Cataluña (Textos de 1926-1932)*, Barcelona, A. Redondo editor, 1973; J. SABATER, *Anarquisme i catalanisme: la CNT i el fet nacional català durant la Guerra Civil*, Barcelona, Ed. 62, 1986; Eulalia VEGA, «Radicals i moderats a Barcelona i el seu entorn: una reflexió sobre les seves causes», en J. L. OYÓN; J. J. GALLARDO, *El cinturón rojinegro. Radicalismo cenetista y obrerismo en la periferia de Barcelona, 1918-1936*, Barcelona, Carena, 2004.

casi todos a la más reciente remesa inmigratoria, llevaban residiendo en la ciudad entre diez y quince años de media. Como casi todos eran relativamente jóvenes, es obvio que la mayor parte llegaron de niños o adolescentes a Barcelona y que, por tanto, desde muy pronto escucharan hablar de la CNT, y es posible que engrosaran sus filas poco tiempo después de incorporarse al mundo laboral barcelonés (muchas biografías lo confirman). Excepto unos cuantos que se adhirieron al sindicato en los años dorados al final de la guerra mundial, la mayor parte debió hacerlo a partir de 1930, cuando había adquirido cierta experiencia en el mundo laboral de la ciudad.

Razones de la relevancia del cenetismo radical en el jornalero inmigrante reciente

En mi libro sobre la Barcelona de entreguerras, se distinguen las características de precariedad de la vida cotidiana en la ciudad: no solo la de los obreros no cualificados respecto a los cualificados, sino también, dentro de estos últimos, la de los no cualificados nacidos en Cataluña frente a los procedentes de otras áreas del estado a partir de 1910. El padrón de 1930 y otras fuentes analizadas dan muestra de ello en cuatro grandes campos de la vida cotidiana: las condiciones de vivienda, la segregación residencial, la movilidad en el trabajo y la sociabilidad. De las tres figuras obreras, la del inmigrante reciente era, sin duda, la más segregada en la ciudad a nivel espacial, la que estaba peor alojada, la que menos usaba el tranvía, la que tenía una movilidad más difícil, la más inestable residencialmente en un mismo barrio, la que tenía menos apoyo de las redes familiares y la menos relacionada con el equipamiento asociativo local. Y esos mismos rasgos se encuentran en las barriadas extremas en las que estos obreros inmigrantes eran mayoritarios. En ningún otro lugar era mayor que en esos barrios la impresión de lejanía física, el aislamiento y la segregación de unas «comunidades de iguales». Las viviendas más baratas y las peores condiciones de urbanización y de transporte también eran comunes en esa zona.

Para recordar tan solo algunos aspectos vitales fundamentales como la vivienda y la salud, es oportuno remarcar las muy evidentes divergencias que existían en el padrón entre los hogares de los jornaleros que habían llegado a Barcelona de fuera de Cataluña en los últimos veinte años y los de los catalanes de la misma cualificación y generación inmigratoria. El tamaño del hogar de estos últimos era de 4,2 frente a 6 de los murcianos y almerienses, el

número de hijos 1,5 frente a 2,3, y el número de niños 0,9 frente a 1,4. (El porcentaje de iletrados era de 11,6 frente al 41,3%). La infravivienda suponía el 1,9% en el caso de los jornaleros catalanes recientemente inmigrados, pero llegaba al 10% en los equivalentes murcianos y almerienses. La cohabitación era, en los primeros, de un 41%, y de un 71% en el caso de los segundos. Sin ser ni mucho menos tan extremas, las distancias eran también apreciables en el resto de comunidades inmigrantes. Las condiciones de vida de los jornaleros inmigrados de Murcia y Almería fueron en particular penosas en otros aspectos como la pobreza asistida, la salud y la mortalidad. Durante la década de 1920, el número de familias pobres empadronadas por el Instituto Municipal de Demografía procedentes de Murcia y Andalucía —con una población cinco veces inferior— superó en algunos momentos al de las autóctonas. El de la valenciano-aragoneses se les acercaba. Las tasas de mortalidad se disparaban, sobre todo a partir de la clase de los cuellos blancos, y eran especialmente elevadas en los casos de la inmigración obrera más reciente: los porcentajes de los peones almerienses doblaban los de las clases no manuales. Las enfermedades contagiosas tratadas en el Hospital Municipal de Infecciosos de la ciudad revelaban que en 1931 más de un 27% de todos los ingresados procedían de las provincias de Murcia y Almería, porcentaje muy superior al de su presencia demográfica en la ciudad. Con una población siete veces mayor, las provincias catalanas solo tenían un tercio más de enfermos. La proporción de asistidos era también muy superior a la de las oleadas migratorias anteriores (un 7% en el caso de los valencianos y un 4% en los aragoneses). Un 68% de los enfermos de tracoma ingresados en el Dispensario Oftalmológico de Barcelona en 1927 procedía de estas dos provincias. La joven historiadora francesa Celia Miralles muestra en una reciente tesis que los efectos de la tuberculosis afectaban, como era de esperar, al mundo obrero, pero que dentro de ese mundo, los obreros tuberculosos solían pertenecer a las familias obreras recientemente inmigradas y no a las nacidas en la ciudad o las procedentes del resto de Cataluña (solo un 39%). Como es lógico, la tuberculosis afectó a los barrios donde la inmigración foránea estaba mejor representada: el Raval y las segundas periferias.⁵

⁵ C. MIRALLES, *La tuberculose dans l'espace social barcelonais, 1929-1936*, Thèse Université Lyon II-Universitat Politècnica de Catalunya, 2014.

Que la posición en la ciudad del colectivo jornalero inmigrante y el nativo no era la misma lo prueban sus diferentes expectativas de movilidad social. El estudio de los enlaces matrimoniales de 1934-1935 muestra que cuatro de cada diez hijos de jornaleros catalanes de inmigración reciente habían conseguido superar la difícil frontera de separación entre jornaleros y cualificados en el curso de una generación. Otro 10% adicional había podido incluso pasar a la esfera del trabajo no manual, todavía mejor remunerado. Las esperanzas de mejora no eran las mismas para los hijos de los jornaleros recientemente inmigrados: al cabo de una generación solo uno de cada seis había accedido a un oficio manual mejor remunerado, la mitad que los hijos de jornaleros nacidos en Cataluña. A pesar de que la situación mejoró durante los años de entreguerras en el caso de los obreros inmigrantes cualificados, las posibilidades de mejora por medio del mercado matrimonial estaban también coartadas por una endogamia matrimonial acusada entre los jornaleros de la inmigración reciente.

Con una metodología estadística sofisticada, Silvestre, Ayuda y Pinilla exponen en un reciente artículo que parte de mi muestra del padrón y que hace patente cómo el desempeño laboral más precario y la peor integración en el mercado laboral por parte de los inmigrantes procedentes de fuera de Cataluña no solo se explica por su inexperiencia laboral previa, sus desventajas desde un punto de vista del capital humano (mayores porcentajes de analfabetismo) o una extracción rural previa que hacía que fueran menos capaces de adaptarse en un entorno urbano, sino también, y de manera muy llamativa, por su estricta procedencia de las regiones que abastecieron mayoritariamente a la ciudad (País Valenciano, Aragón, Murcia y Almería). Según estos autores, y a diferencia de lo que ocurría en otras ciudades de la década de 1930 como Londres, existían evidentes «barreras a la movilidad ocupacional» para esta significativa capa de la población.⁶ Como señalo en mi libro, no son raros, por otra parte, los testimonios sobre un desempleo que en la década de 1930 afectaba sobre todo al sector de la construcción y que nos hablan de la dramática situación de los barrios periféricos, donde los jornaleros inmigrantes recientes del ramo eran dominantes.

En resumen, las precarias condiciones laborales y de vida cotidiana en la ciudad ayudan a explicar una presencia revolucionaria superior a lo normal

⁶ J. A. SILVESTRE; M. I. AYUDA; V. PINILLA, «The Occupational Attainment of Migrants and Natives in Barcelona, 1930», *The Economic History Review*, en prensa.

en las capas obreras inmigrantes. En buena medida, lo poco o muy intensa que fuera la revolución barcelonesa, el «corto verano de la anarquía» fue, en cierto sentido, una «revolución de los pobres», unos pobres que no representaban más que a una parte de la masa obrera de la ciudad. Una composición obrera diferenciada, unas pautas distintas de vida cotidiana y unos comportamientos políticos diversos separaron durante la década de 1930 los patrones de acción política de muchos trabajadores y de tradicionales barrios obreros barceloneses, cada vez más alejados del cenetismo radical y más abiertos a otras opciones político-sindicales, de unos obreros inmigrantes no cualificados y de unos guetos proletarios dispuestos casi con seguridad a apostar más a fondo por el cambio social más inmediato. Esos grupos obreros, esa fracción radical del mundo obrero, importante, desde luego, pero no hegemónica, y donde las expectativas de movilidad social apenas se cumplían, tenían sencillamente menos que perder.

A diferencia de otros obreros nacidos en Barcelona o llegados a la ciudad desde hacía más tiempo, procedentes de otras zonas de Cataluña, que formaban parte de los trabajadores cualificados y que optaron en proporciones muy superiores por otros sindicatos u organizaciones obreras, los obreros no cualificados y los inmigrantes no catalanes encontraron en la CNT radicalizada de la década de 1930, en la FAI y en las J.J. LL. un atractivo mucho mayor. Como señala Juan Suriano en el caso de los trabajadores inmigrantes bonaerenses finiseculares, el anarquismo radical brindó el lenguaje político a la miseria y a la insatisfacción de los que vieron frustrados sus deseos de ascenso social. El aumento de los salarios reales (y la represión) ocasionaron el declive anarquista en el Buenos Aires de entreguerras.⁷ El incremento de los salarios reales al final de la gran guerra y durante los años republicanos alejó del anarquismo radicalizado de la década de 1930 a una porción no despreciable de obreros cualificados barceloneses, ciertamente bastantes menos que en el caso argentino, porque las mejoras no fueron aquí tan sustanciales; unos obreros que, en cualquier caso, vieron (o creyeron ver) en otras opciones obreristas, catalanistas, en la simple desafiliación, o en una actitud más pasiva, posiciones más acordes con lo que percibían como una mejor situación económica.

⁷ Ver J. SURIANO, *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial, 2001; *IBÍD.*, *Auge y caída del anarquismo. Argentina, 1880-1930*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2005.